

Edad penal

Se han armado de garrotes, de palos, incluso hay quien ha cogido un cuchillo de la cocina sin que se entere la mujer. Empiezan el paseo sobre las ocho, cuando ya ha caldo la tarde y todavía no se han encendido las escasas farolas de este barrio, mitad pueblo mitad ciudad-dormitorio, en donde les ha tocado vivir. Los hombres van en grupos, cinco, tal vez seis, juntos y desaparecen tras de las esquinas, escrutando cada vericuerdo intentando que las sombras de los portales no den cobijo a esos hijos de puta que les están quitando el sueño. Las manos están crispadas, prontas al movimiento, aferrándose a los bastones con un miedo reprimido que les envaletona.

LA FRONTERA DE LOS QUINCE

AURORA FERNANDEZ

CADA tarde se hace la ronda y cada noche vuelven al bloque algo desalentados por no haber cobrado ninguna pieza. Sólo el instinto de conservación les empuja a volver a coger el palo y vigilar la calle con la intención nada secreta de descalabrar a cualquiera de esos mequetrefes sinvergüenzas. Hay que limpiar el barrio como sea, aunque para ello tengan que pasar la noche de vigilia, acera arriba y abajo, disimulando el cansancio acumulado en la fábrica, olvidando que quizá los chavales lleven pistolas, buscando apoyo en los prietos rostros de los compañeros.

Las mujeres están en casa, al amparo del portero automático y la cerradura doble. Los hijos duermen tranquilos y al día siguiente intentarán llegar hasta el colegio sin que ningún gamberro —casi de su edad— le marque el brazo con un pinchazo.

Los hombres del barrio vigilan, peinan los bares y esperan coger desprevenido a alguno de la banda, a uno de los más pequeños, de esos que no tienen más de doce años. Uno de los que acaba de empezar la "carrera" y, sin embargo, ya se ha violado a la hija del mecánico y ha hecho más puentes que un ingeniero. Pero la búsqueda es difícil; ellos, al fin y al cabo, no son policías —aunque la Policía es la que menos hace—, no tienen armas, ni saben seguir pistas, ni tienen tiempo para ir detrás de unas escurridizas siluetas que desaparecen delante de sus narices en un parpadeo y reaparecen en los bi-

llares de la esquina —jóvenes piernas de catorce, quince años— sin que ellos, con los cuarenta cumplidos, hayan podido seguir la carrera.

Se consuelan pensando que su sola presencia puede frenar a los malhechores. Confían en que sus guardias arriesgadas, sus corpaciones de hombres acostumbrados al trabajo recio espantarán a esos hijos de puta que tienen el barrio amedrentado. Por eso cada atardecer quedan en el bar y forman el piquete. Y se lanzan a la caza de la banda con la esperanza de que esa noche no roben ningún coche, ni rompan la luna de ninguna mercería.

Pero a la mañana siguiente se enteran las mujeres en el despacho de pan que, mientras hacían caja en el estanco, entraron dos y se llevaron la recaudación. Y que casi al filo de las doce les quitaron las carteras a unos que venían en el último autobús. Las mujeres piensan entonces que sus maridos perdieron el tiempo en un juego inútil de policías y ladrones y que lo único que consiguieron fue llegar al trabajo con los párpados pegados de sueño. Se irritan y se azoran porque sienten la navaja muy cerca y la Policía, cada vez más lejos.

Se quejan. Se manifiestan bloqueando la autopista que atraviesa el barrio. Piden protección desde sus papeles de madres indignadas, de ciudadanas ofendidas, de obreras estafadas, que no ven un policía que ronde la manzana, ni un coche patrulla que recorra despacio la calle, atisbando las sombras sospechosas

detrás de los hidones de basura. Ya no confían en los municipales que ponen multas a la luz del día, ni en los "grises" —ahora "marrones"— de la Comisaría vecina. Mujeres auténticos "hombres de Harrelson", mano dura, eficacia y escarmiento para tanta canalla suelta.

Hay que defenderse del enemigo y todas las porras policiales —aquellas porras amenazantes de las manifestaciones obreras— son pocas para estos atemorizados ciudadanos legales, que no quieren más hijos con la L de "Longo" marcada sobre el bráquico delgado e indefenso. Sí, que manden patrullas y dispuestas a disparar, si hace falta. Que no sólo los detengan, porque después va el juez y los suelta. Que le metan un tiro al "Bisco" en el ojo que le queda sano, que les den una buena paliza, que les corten... lo que haya que cortar.

El miedo les vuelve rabiosos a

sando en si sus hijas volverán tarde a casa y en cualquier esquina se las cepillarán estos salvajes.

Mucho miedo en el aire, en el ambiente de la escalera, en las conversaciones con el tendero. Si hubiera un policía en cada calle estarían protegidos de esos criminales repugnantes. Pero la Policía no se esfuerza en correr tras los chavales, porque saben que como son menores de edad los dejarán en libertad en seguida. Están hartos los oficiales de gastar sus energías en trincar a cualquiera de estos mocosos, que, mientras van camino de la comisaría, les recuerdan que también esta vez, como las anteriores, los volverán a soltar antes de que se hayan dado la vuelta.

Y parece que el problema no tiene solución. Las patrullas resultan ineficaces ante gamberros que se roban más de diez coches diarios y pegan infinidad de tiro-



"Perros callejeros", de J. Antonio de la Loma, abordaba el tema candente de la delincuencia juvenil.

los pacíficos padres, puesto que ven a su familia acorralada por cuatro imberbes con navaja. Por cuatro niños de no más de quince años que no les dejan tomar unas cervezas en paz, pen-

nes con un desparpajo insultante. Por eso se arman los vecinos y deciden hacer justicia por su cuenta, y el barrio se ahoga entre las provocaciones de las bandas y los deseos irrefrenables de lin-

chamientos. El control está a punto de perderse. Policías y vecinos se ven desbordados por esta pesadilla densa e interminable de la delincuencia. Unos y otros dirigen sus miradas hacia un punto común, el único que puede rescatarlos de ese infierno: la ley.

Una ley que está a punto de ser reformada. Ahora es el momento de cambiar lo necesario para seguir viviendo tranquilos —como en aquellos dulces años—, porque el nuevo Código Penal está en las Cortes y, si no hay retraso en la marcha de las sesiones, será debatido a mediados de este mes de noviembre. Una oportunidad que facilitará que se apruebe una de las reformas del Código, aquella que afecta al antiguo artículo octavo y que se refiere a la mayoría de edad penal.

Actualmente el escalón que tienen que sobrepasar los niños-bandidos para ingresar en un centro penitenciario es el de los dieciséis años. Un tope que dificulta a todas luces la labor policial, que la hace infructuosa, porque los delitos cometidos por estos niños, quedan impunes. No pueden ser encarcelados, sino todo lo más ser llevados a un reformatorio de donde no tardarán en escaparse.

Por eso la reforma viene a reducir la edad penal a quince años, y la van a pagar a un buen precio estos aprendices de delincuentes que rondan precisamente la barrera de los quince. Algunos no pasan de trece o catorce, incluso los hay que acaban de cumplir los doce. Casi todos empiezan en esto apenas pasan la decena y a esa edad ya han sido capaces de escaparse de algún reformatorio.

Ellos a sus catorce-quince años no guardan ningún parecido con los otros niños del barrio, a los que amenazan para que sueiten la pasta, los cinco o diez duros que sus padres les obligan a llevar siempre encima para que no reciban un pinchazo inútil. Quizá la nueva ley tenga razón y ellos ya no sean niños o tal vez es que nunca les han dejado serlo.

Demasiadas veces se han repetido la historia de la familia destrozada que empuja al niño a la delincuencia, o aquella otra del hijo abandonado que crece en una inclusa, y también la que se refería al mayor de siete hermanos que empieza a robar porque no tenía para comer. Ninguna de ellas resulta ya original, sin embargo siguen siendo irremediablemente ciertas.

Ahora les recortan el plazo y un año antes estarán ya rodeados de maestros, de doctores dis-

puestos a enseñarles trucos impensables a cambio de unos ratos aliados con carne temprana. La frontera se acerca de repente y les pilla los dedos a los que se amparaban en su minoría de edad. Un policía cualquiera, cubierto de renovada eficacia, les gritará que ya no son niños, que nunca más van a reírse de él, que ahora irán directamente al talleo y el juez no podrá soltarles tan fácilmente.

De ahora en adelante, detrás de los barrotes de cada prisión, habrá rostros más infantiles, que no dependerán de un Tribunal Tutelar de Menores, sino de la jurisdicción ordinaria. Rostros que cuando se asomen de nuevo a la calle no será para otear el horizonte buscando las siluetas escurridizas de los colegas. Buscarán al tipo que llevan escrito con letras invisibles en la cabeza, un nombre sin rostro que les pondrá en contacto con los que están planeando el asunto. No habrán sido años perdidos los del encierro. Se cultiva el ingenio, se agudiza el rencor y aumenta desmesuradamente la avaricia. No merece la pena pasar todo ese calvario por unos miles de duros. Hay que salir y una vez fuera ir a por millones, porque ya no tiene remedio, no se puede retroceder y de seguir es preferible ir a por todas.

Cuando les den "la bola" ya no serán adolescentes con la cara salpicada de granos. Quizá no volverán al barrio por donde habían alardeado de grandes coches, en donde violaron a la primera hembra —había que demostrar que eran unos tíos machos— y en donde atracaron a todas las farmacias. Allí, probablemente, ya no les recuerdan. Los bastones se habrán cubierto de polvo en los paragueros y los obreros se adormecerán delante de la televisión a eso de las diez. Las historias del "Bizco" o del "Jaro" se convertirán en trágicas anécdotas de niños-bandidos.

Los jóvenes que se verán sin esperarlo ante la nueva reducción no tendrán tiempo para el arrepentimiento. Sus deberes crecerán ante sus narices por orden de la ley y sus derechos estarán cada vez más abajo. Pero así es la vida, los débiles... ya se sabe. Es necesario para el bien social que se les adelante un año su mayoría, para que la autoridad sea eficaz, para que el barrio vuelva a confiar en los de la Comisaría. Es necesario en este año del niño —menos mal que se acaba antes de que sobrevengan otras desgracias— que los niños dejen de serlo un año antes. ■

Familiares de los seis vendimiadores granadinos muertos en el accidente de autobús de Lozoyuela.



Temporeros: La muerte en el camino

FUERON a trabajar y encontraron la muerte en el camino. Los seis muertos, balance del accidente sufrido por un autobús francés con cuarenta y nueve temporeros granadinos, en Lozoyuela (Madrid) han conmocionado a este pueblo andaluz, deambulante, de mercado en mercado de trabajo. Cinco muchachos, que habían cumplido los veinte años —Manuel Castro Sánchez, Manuel Javier Villanueva García, Francisco Fernández Rodríguez, Joaquín Berenguer Guillén de Padul, y José Benítez Serrano, de Dúrcal— y una señora de Almuñécar, Encarnación Martín Rivas, de cincuenta y nueve años, lo que demuestra que el éxodo alcanza a trabajadores de todas las edades y hasta a niños, que necesitan permiso de sus padres para hacerse de un contrato de trabajo.

Sólo a la vendimia francesa han ido este año de Granada, unos 11.000 trabajadores, de los cien mil españoles que se calcula que han salido esta temporada a recoger la uva amarga más allá de los Pirineos. Hay que contar además los temporeros de la manzana. Pueblos enteros se despueblan durante los meses de septiembre y octubre. En la emigración temporera encuentran el equilibrio económico para hacer frente al terrible paro de todo el año. Normalmente, se hacen tres salidas: los temporeros de la hostelería (Costa Brava, Palma de Mallorca, Costa alicantina), la recolección de la manzana y la uva en Francia y Lérida y otra salida por primavera para la recolección, también en Francia, de la habichuela y la fresa. Hay trabajadores andaluces que no sólo se hacen las tres campañas, sino que además enlazan otras intermedias fuera de Andalucía, a la remolacha de Valladolid, al espárrago de Navarra, y los trabajos interiores de las recolecciones de la aceituna y el algodón, que producen también una movilidad laboral en condiciones muy duras. Sin las treinta mil pesetas, cincuenta mil o hasta cien mil, según se prolongue la estancia, muchas familias andaluzas no podrían vivir.

Desde los preparativos del viaje hasta el regreso, el temporero y su familia viven año tras año ese martirio de las colas en las Comisaría de Policía para arreglar el pasaporte, la preocupación hasta encontrar el contrato de trabajo y después el viaje, en trenes especiales, que van recogiendo temporeros por las estaciones andaluzas, murcianas, levantinas... hasta llegar a la frontera, donde pasan por la humillación de las revisiones sanitarias, el registro de la comida, hasta que por fin desembarcan en los campos, y allí, como nos decían los jornaleros de los Corrales (Sevilla), "soportamos el desprecio de los franceses". Otros viajan en autobuses especiales expuestos a los peligros de la muerte en carretera.

Sólo cuando ocurre una desgracia como la de Lozoyuela, se pone el grito en el cielo. Se envían telegramas de pésame, las autoridades visitan a los heridos... La tragedia es todavía más honda. La emigración no sólo se cobra las vidas de los temporeros en la carretera; es la muerte lenta de un pueblo día tras día, con el hambre, el paro, el desarraigo. Es el desastre, la injusticia, la indignación, que no conmueve a quienes obligan a este pueblo a mendigar por el mundo un puesto de trabajo. Ahora, los que han vuelto de la vendimia se tirarán un mes parados; después empalmarán con la aceituna. Y paro hasta la primavera o el verano.

El dolor que en estas fechas han sufrido en Padul, Dúrcal y Almuñécar, se ha extendido a todos los pueblos de Andalucía, en los que se esperan más autobuses y trenes con los temporeros que regresan. Cuando no es el paro, es el hambre, la muerte, el desprecio, la discriminación en esta epidemia que nunca cesa. Es como una guerra lenta que nunca acaba, y que o mata o mutila, con la metralla de los trabajos a destajo. ■ A. RAMOS ESPEJO.